

33 LA LUCHA CONTRA EL MAL

El problema del Mal

Al “problema del Mal”, desde muy antiguo todas las filosofías y religiones del mundo han tratado de dar una explicación, que ha resultado a veces errada y a veces sin resultado tangible.

- Para Platón, el bien no es un asunto opinable sino un objeto de conocimiento. Conocer y discernir el bien y el mal es el mejor fruto del árbol del conocimiento. Para Aristóteles, las ciencias morales –como son la ética y la política- pueden tener una validez objetiva y universal, casi como la física y la matemática, al menos a nivel de principios. Para Kant, las dos partes principales de la filosofía (la física y la ética) se deslizan al mismo ritmo: la una por el riel de las “leyes de la naturaleza” y la otra por el riel de las “leyes de la libertad”. En ambas hay un conocimiento empírico y un conocimiento “a priori”. La una es “metafísica de lo natural”, la otra “metafísica de lo moral”.

- La cultura judeo-cristiana al tratar de explicar el mundo, rechaza la afirmación dualista, de dos principios universales como polos de todo el universo: uno el principio del Bien (Dios) y el otro el principio del Mal (Arihman en la concepción mazdea y maniquea). La Biblia utiliza la palabra hebrea “SATAN” para designar al Adversario del Dios único, como padre y personificación de la mentira y la violencia, que inclina a individuos y colectividades a servir al Mal e indisponerlos contra el Bien. “Satán”, sin ser un antidiós y teniendo siempre conciencia de ser una criatura inferior a Dios,

juega sin embargo un papel dramático en el destino de los hombres, tal como se lo define en el interior de cada uno. Basta leer las páginas del libro de Job, las que se refieren a las tentaciones de Jesús en los evangelios o a la lucha por el alma de Fausto en Goethe.

- De todos modos, podemos afirmar -con buen fundamento- que el Mal se constituye en problema solamente para la conciencia humana. Bien afirma G. Crespy (en su "*Ensayo sobre Teilhard de Chardin*") que "el mundo no es malo ni perfecto: es bueno, es sencillamente lo que puede y debe ser un mundo que, contemplado desde nuestro ángulo y según nuestras posibilidades de apreciación, está en evolución y tiende a realizarse a través del hombre. El mal es asunto del hombre. Lo cual no significa que todo mal provenga necesariamente del hombre, sino que todo mal es mal para el hombre".

Qué es Bien en nuestro Universo

Teilhard de Chardin establece tres principios generales para una ética dinámica y renovada, "*ética de conquista*" la llama él. Son tres principios básicos que nacen de una cosmovisión evolutiva moderna, bien fundamentada en los avances científicos del siglo XX, de clara orientación espiritualista y teísta, y muy acorde con los grandes datos de la fe cristiana.

- 1) El primero: "*No es, finalmente, bueno sino lo que contribuye al crecimiento progresivo del espíritu*". En virtud de esta regla, un gran número de cosas que podrían haber estado permitidas en una moralidad estática de

equilibrio, parecen ahora intolerables. Durante el pasado, el hombre tenía el derecho de emplear su vida como mejor le pareciera, con tal de que no quebrantara los derechos de ningún otro. Pero ahora vemos que ningún uso de la vida ni de los talentos personales son moralmente correctos a no ser que, de alguna forma, se empleen en servicio de la humanidad. En la ética de los negocios han predominado las ideas de cambio y de justicia, "tanto por tanto". En una moral dinámica, la posesión de las riquezas es moralmente buena solo en la medida en que tales riquezas trabajan en la dirección del espíritu. La moral conyugal ya no puede contentarse con la fundación de una familia; su objetivo principal debe ser devolver al amor conyugal todo el poder espiritual que es capaz de desarrollar entre el esposo y la esposa. La moral de la persona individual no podrá ya permitir existencias neutras e inofensivas; impondrá a cada persona la obligación de desarrollarse a sí misma, su libertad, su personalidad, sus cualidades, hasta el grado más alto.

2) El segundo principio: *"Es **más bueno**, al menos fundamental y parcialmente, todo lo que procure un mejor crecimiento de espíritu"*. En una ética renovada no queda ya lugar para la timidez o para "jugar a lo seguro". Todo lo que es bueno, todo lo que posee una fuerza ascensional y puede promover una conciencia humana más alta y un crecimiento espiritual, debe ser reconocido y desarrollado.

3) El tercer principio se expresa así: *"Es, finalmente, **lo mejor** aquello que asegure su más alto desarrollo a las potencias espirituales de la tierra"*. En una moral dinámica y abierta, la ley general y más alta es la de desarrollar

todas las cosas hacia una conciencia superior, hacia un crecimiento espiritual más amplio. Teilhard está muy al corriente de que estas "perspectivas parecerán locas a los que no ven que la vida es (desde sus orígenes) tanteo, aventura y peligro. Crecen, sin embargo, como una idea irresistible, en el horizonte de las nuevas generaciones". Finalmente, una ética renovada y dinámica es una moral religiosa o teísta. La moral de equilibrio es una moral cerrada sobre sí misma; lógicamente puede ser agnóstica y estar absorbida por la posesión del instante presente. "Una moral de movimiento", en contraste, "está, necesariamente, inclinada al futuro, en la prosecución de un Dios". En un último análisis de la moral renovada y dinámica de Teilhard, su ética de conquista nos abre a toda una espiritualidad, a un programa de santidad cristiana y a una mística de la unión con Dios en el mundo y por medio del mundo, como lo desarrolla bellamente en su libro *El Medio Divino*, que está dividido en tres partes: i) La divinización de las Actividades. ii) La divinización de las Pasividades. iii) El Medio Divino.

Vencer el Mal con el Bien

Teilhard considera que estamos hechos por lo que hacemos y por lo que padecemos. Siguiendo la gran ley de la Evolución (ascendente y convergente), todo lo que hacemos deberá estar encaminado a llegar a Omega ((Ca Dios), a través de Cristo. Está en la mejor línea de San Pablo (Carta Iª a Corintios 3, 23) y de San Ignacio de Loyola en el Fundamento de sus "Ejercicios Espirituales" (nº 23)

"Todas las realidades terrenas existen para el Hombre.

El Hombre existe para Cristo.

Y Cristo existe para Dios"

Y afirma que hay dos grupos de pasividades en nuestra vida. Unas son las llamadas "*pasividades de crecimiento*" y otras las "*pasividades de disminución*".

Dios nos trabaja y nos moldea con sus dos maravillosas manos:

"La mano que aprehende tan profundamente que llega a confundirse en nosotros con las fuentes de la vida, y la mano que abraza tan ampliamente, que a su menor presión los resortes todos del Universo se pliegan armoniosamente a un tiempo".

Hay que abandonarse en estas dos manos buenas y no romper el hilo que van tejiendo en nuestra vida:

"Es bueno abandonar su alma sobre todo sí se sufre y se tiene miedo, en las manos que han roto y vivificado el pan, que han bendecido y acariciado, que han sido traspasadas; en las manos que son como las nuestras que no sabría uno decir qué van a hacer con el objeto que tienen, si lo van a romper o a cuidarlo, pero cuyos caprichos, estamos seguros, están llenos de bondad y no harán sino apretarnos celosamente para sí, en las manos dulces y potentes que llegan hasta la médula del alma, que forman y crean; en estas manos por donde pasa un tan gran amor".

(Ciencia y Cristo, 90).

A) Pasividades de crecimiento. "Me recibo mucho más que me hago a mí mismo". Hay fuerzas amigas que nos dirigen hacia el éxito. En este impulso en donde brota el chorro de la vida, allá está Dios.

"En la vida que brota en mí, en esta materia que me sostiene, hallo algo todavía mejor que tus dones: Te hallo a tí mismo; a tí que me haces participar de tu ser y me moldeas" (El Medio Divino 71).

"Es bueno abandonar su alma sobre todo si se sufre y se tiene miedo, en las manos que han roto y vivificado el pan, que han bendecido y acariciado, que han sido traspasadas; en las manos que son como /as nuestras que no sabría uno decir qué van a hacer con el objeto que tienen, si lo van a romper o a cuidarlo, pero cuyos caprichos, estamos seguros, están llenos de bondad y no harán sino apretarnos celosamente para sí, en las manos dulces y potentes que llegan hasta la médula del alma, que forman y crean; en estas manos por donde pasa un tan gran amor" (Ciencia y Cristo, 90).

B) Pasividades de disminución. Estas son nuestras verdaderas pasividades. Su número es inmenso. Sus formas infinitamente variadas. Su influjo continuo. Las hay externas e internas. Son males físicos, ambientales, biológicos, psicológicos, sociales, políticos. Todos estos males confluyen en la muerte, "que es el resumen y la consumación de todas nuestras disminuciones: el mal físico y el moral".

(El Medio Divino 75).

* Las pasividades externas son todos los obstáculos que se nos atraviesan. Surgen en nuestra vida por todas partes, pero no son las más difíciles.

* Las pasividades internas son las más dolorosas y difíciles.

"Las pasividades internas forman el residuo más negro y lo más desesperadamente inútil de nuestros años" (El Medio Divino 74).

Unas nos abordaron en nuestro despertar: defectos naturales, enfermedades físicas, intelectuales, morales, que limitan nuestra actividad, nuestra visión, nuestros goces y para siempre. Otras que nos llegan más tarde: accidentes, enfermedades. Pesa sobre todo la vejez, la pasividad que crece con el transcurso del tiempo. Todas concluyen en la muerte *"que es el resumen y consumación de todas nuestras disminuciones: el mal físico y moral"* (El Medio Divino 75).

Estrategia para vencer el Mal con el Bien

En la lucha contra el Mal, debemos distinguir muy bien dos tiempos en el proceso, si queremos cantar victoria sobre nuestras pasividades:

◆ *Un primer momento* consiste en detestar y rechazar con todas nuestras fuerzas el mal, en cualquiera de sus formas. No es una actitud correcta, sana y cristiana el agachar cabeza, conformarse, cruzarse de brazos, apaciguarse frente a cualquier tipo de mal. Eso es cobardía, fatalismo, rendición antes de luchar.

"Cuanto más rechazemos el sufrimiento, en ese primer momento,

más nos adheriremos al corazón y a la acción de Dios".

(El Medio Divino 78).

Es el modo de hallar a Dios en el primer contacto con la disminución. Dios, nuestro Padre, no desea el mal para nosotros. Esta resistencia debe hacerse sin rebelión y sin amargura, con una tendencia anticipada a la aceptación y a la resignación final.

"Se trata ahora para los fieles de comprender que si el sufrimiento y la muerte, en lo que ellas tienen de cósmicamente inevitable, pueden, por la virtud de Dios, llegar a ser maravillosos instrumentos de acabamiento y de unión espiritual. Ellas no dejan de ser odiosas, en sí mismas, al Creador. De manera que si nuestro primer deber es desarrollar el mundo, un segundo mandamiento semejante al primero nos obliga a luchar hasta el fin contra toda disminución y todo dolor".

(Le sens humain).

◆ ***Un segundo momento***, cuando el mal prevalece, a pesar de nuestros esfuerzos, consiste entonces en que sepamos integrar el Mal en el Bien. Es un segundo tiempo en el que debemos reconocer que el mal nos une a Dios y nos realiza a nosotros mismos más plenamente. Tenemos en efecto, a Omega (Dios) por aliado. Como principio general, dado el hecho de la victoria lograda por Cristo sobre todo tipo de mal, gracias a su muerte y resurrección, *"nada hay que mate necesariamente, sino que todo en nuestras vidas es susceptible de convertirse en contacto bendito en las Manos divinas y en bendita influencia de la Voluntad de Dios"* (MD 76).

"El hace que el propio mal que el estado actual de la creación no le permite suprimir inmediatamente, sirva a sus fieles para un bien superior. Para quienes buscan a Dios, no todo es inmediatamente bueno, pero sí es susceptible de llegar a serlo: Omnia convertuntur in bonum"
(MD 80).

"Lo que por naturaleza era vacío, laguna, retorno a la pluralidad, puede convertirse para cada existencia humana, en plenitud y en unidad con Dios"
(MD 84).

¿Cómo podemos transformar nuestros males en algo mejor?

De 3 modos que son:

1. Primero, haciendo que el fracaso haga derivar nuestra actividad hacia objetos o hacia marcos de actividad más favorables. Timón que cambia de dirección.

2. Segundo, y es lo más frecuente, haciendo que busquemos la satisfacción de nuestros frustrados deseos en un campo menos material. Así se ve en la historia de muchos santos y de hombres célebres en general. Incluso en el fracaso moral: San Agustín, María Magdalena y tantos otros.

"Entonces el fracaso desempeña para nosotros el papel de timón de profundidad en el avión, o si se prefiere, de podadera para la planta".
(MD 81).

3. Tercero, en los casos más difíciles en los que quedamos desconcertados, porque no aparece a simple vista el bien pretendido, la Providencia se muestra más eficaz y más santificante. Mediante estos casos de muerte, de aniquilación, Dios nos une definitivamente, a sí. Esa aniquilación en el otro debe ser mayor cuanto mayor sea aquel a quien nos ligamos. Por eso es inmenso el desprendimiento querido por Dios en la entrega a El.

En consecuencia, se impone nuestra Comunión con Dios a través de nuestras mismas disminuciones. *"No basta con que muera comulgando. Enséñame a comulgar muriendo"*. (MD 85).

El adulto cristiano es alguien bien autorrealizado, que vence también a la muerte.

Una triple ascesis

El significado del término griego *ascesis* significa acomodar algo bien por el ejercicio. Es la práctica disciplinada de un deporte, una habilidad, una virtud, un arte. Es mantenerse en forma, en buena disposición, para lograr lo que se pretende, aunque ello exija ciertos sacrificios y renunciaciones. Es obedecer la exigencia de la Evolución hacia lo mejor, hacia el-más-ser a contracorriente de la ley de Entropía (que de suyo llevaría a que el Pensamiento involucre, la Vida involucre, la Materia se disperse y muera).

La victoria sobre sí mismo y la verdadera obediencia a la gran corriente de la vida en nosotros, nos están exigiendo vigorosamente tres ascesis.

• **1º Requiere ascesis de superación vs. disfrute cómodo**

Correspondiente al centrarse sobre sí.

La ley de la vida es subir siempre hacia una interiorización creciente y una unidad superior, que encuentra finalmente su coronamiento al perderse en Dios. Por eso:

"detenerse a gozar, a poseer, sería una falta cometida contra la acción. Una y otra vez hay que superarse, deshacerse de sí, dejar tras uno, en cada instante, los proyectos más queridos" (MD 60).

"El hombre no se hace hombre más que a condición de cultivarse". En efecto, nacer significa solamente la capacidad de hacerse humano. La auto-educación resulta decisiva tanto en el aspecto intelectual como en el físico o moral. Para llegar a ser uno-mismo es preciso trabajar sin descanso en la línea del más-ser, según el principio del máximo, en una búsqueda incesante de más orden y más unidad en nuestras ideas y sentimientos como en nuestra conducta. La vida ha seguido siempre la línea del mayor esfuerzo, la línea de la improbabilidad. Sé el que puedes llegar a ser, puesto que si puedes, debes. A nivel humano, "ser" es, ante todo, encontrarse y hacerse.

El hombre y la humanidad se ven sin cesar obligados a buscar nuevas formas de verdad, de belleza, de organización y de técnica. Quien escucha

esta exigencia de progreso de la vida experimentará también los dolores y sacrificios que acompañan a todo trabajo creador.

"Esfuézate por hacer de cada decisión de tu vida una opción a favor de tu crecimiento; no una respuesta al miedo o a la angustia" (A. Jiménez, Conquista de la madurez emocional).

• 2º Requiere ascesis de solidaridad vs. egoísmo

Correspondiente al descentrarse sobre los otros.

Nunca estamos solos en nuestra vida. Ahí al lado está el otro, los millones de otros.

"No podemos progresar hasta el máximo de nosotros mismos, sin salir de nosotros, uniéndonos a los demás" (Teilhard).

La gran tentación del hombre, en todas las vertientes, es el egocentrismo. Su calidad de "centro reflexivo" parece invitarle de continuo al aislamiento, a la edificación de su propio castillo frente o a expensas de los demás. Pero esta actitud revela tanto una "ilusión" como una pérdida del camino: "porque física y biológicamente el ser humano, como todo lo que existe en la Naturaleza, es esencialmente plural". La raíz de su sociabilidad es su propia estructura social. Para crecer y realizarse debe, por lo mismo, "descentrarse", salir del estrecho reducto de su conciencia de autonomía para entrar en contacto con los demás, con el enriquecimiento consiguiente al intercambio. Es evidente: "el hombre aislado ni piensa ni trabaja".

Es, pues, preciso, vencernos a nosotros mismos, vencer el egoísmo por el cual nos aislamos de los demás, y nos encerramos en lo nuestro. Hace falta

una colaboración leal con los otros, una sensibilidad para sus necesidades, una entrega para servir causas más elevadas que el pequeño interés propio.

La subida de la vida exige al ser humano, a la persona autorrealizada, que se abra a los otros con justicia y solidaridad.

• **3º Requiere ascesis de excentración en Dios vs autosuficiencia**

Corresponde a supercentrarse sobre el `totalmente Otro´.

“El punto crítico de nuestra excentración es nuestro retorno a Dios, el que nos hará perder pie en nosotros mismos”. (Teilhard, *El Medio Divino*, 83).

La unión a Dios exige dejarnos a nosotros mismos y lo que poseemos. Ser humildes, es decir, tener los pies sobre la realidad de la tierra. No endiosarnos.

No nos basta la comunicación con nuestros semejantes. La estructura psíquicamente convergente del mundo nos sugiere una prolongación de la persona más allá de sí misma, hacia un centro final de reunión y consumación "que nos espera y nos atrae, no solo de lado, sino *más allá y por encima* de nosotros mismos". Es la presencia virtual -y parcialmente actual- del centro Omega, motor final del proceso evolutivo, implicado y revelado por la estructura convergente de la antropogénesis.

No basta, pues, desarrollarse y darse a los demás; hay que orientar la vida a algo y Alguien más grande que uno mismo, de quien, en definitiva, la vida individual y social recibe su pleno sentido y valor.

"Sin Dios, la madurez simplemente humana sería como un arco inconcluso al que falta colocarle la última piedra, que es precisamente la clave del arco".

(G.H. Anderson, *Your Religion: Neurotic or Healthy?*).

La fidelidad a la ley de la vida exige - en último término- el que aceptemos la muerte: "el punto crítico de nuestra excentración", de nuestro retorno a Dios, "el que nos hará perder pie en nosotros mismos" (MD 83).

En síntesis, de nuevo, *ser-amar-adorar* se revelan como las instancias estructurales y dinámicas de la personalización, de la autorrealización, de la madurez humana. Tres movimientos que se encadenan según la dirección ascensional de la existencia, como componentes obligados de toda felicidad. Al menos, de la "felicidad de crecimiento", de la que nada conocen los seguidores de la Entropía. De esa fuerza ciega y determinista de disgregación del ser humano que sigue la ley del menor esfuerzo.